

Serenidad y Sinceridad

Estamos viviendo momentos difíciles y todos tenemos una cierta sensación de desconcierto. Algo hay en nuestro mundo y en nuestra hora que no marcha. Sentimos la presencia del enemigo en forma oscura, sin saber dónde va a descargar el golpe, cuáles son exactamente sus armas, en qué somos más vulnerables. La situación es, por eso, muy propicia para la confusión, para la pérdida del control y el desbordamiento de las destemplanzas y de los palos de ciego. El llamamiento a la serenidad se impone.

Tal vez sea necesaria una nueva postura en algunos aspectos, un reajuste de directrices, y todo lo sucedido no sea sino la demostración de que nuestra actitud era equivocada, de que vivíamos en una confianza engañosa.

Es también la hora de ser seriamente sinceros, de no cerrar obstinadamente los ojos a la realidad, de sa-

car nuestra cabeza de la arena, donde, con política de avestruces, la habíamos enterrado.

Y es, por fin, la hora de la purificación de nuestras intenciones y de la reforma austera de nuestra vida.

Las situaciones complejas no se solucionan nunca con actitudes ni medidas simplistas, porque nunca obedecen a una sola causa. “La culpa de todo la tienen los enemigos de España y de la Religión, con su propaganda artera y su intención y perseverancia diabólicas.” Esto es cierto, pero no es toda la verdad. Es, por desgracia, el pedazo de verdad que más nos gusta esgrimir, para echar siempre la culpa a otros, con lo cual nos evitamos examinar y corregir la propia y, más aún, vestirnos de víctimas y de mártires. Todos tenemos más vocación de mártires que de confesores. Preferimos antes arrostrar el heroísmo de la muerte violenta que el callado de la penitencia. Pero esto es un signo de decadencia, si acertó Bernanos al decir que “el viejo teme menos al error que al riesgo”.

Quisiéramos ser bien comprendidos por todos, cosa, por cierto, nada fácil para quienes tienen una predisposición mental que solamente les permite ver aquella faceta de las cosas y de los hombres que coincide con su pre-juicio, fuera del cual ya no existe nada verdadero ni digno de atención.

La causa de la Religión y de España tiene enfrente fuertes, poderosos y hábiles enemigos, y ha de desarrollarse un plan de defensa y de ataque muy vasto y complejo. Porque en esta clase de guerra ideológica y moral, además de la ocasional lucha en el campo de batalla cruento, o en la revolución callejera, es necesa-

rio descubrir al enemigo infiltrado en las propias filas y es necesario también atender a la calidad moral de estas mismas. Y se ve con pena que la lucha abierta, la polémica contra el enemigo descarado y la preocupación por sus hábiles infiltraciones es casi el único tema digno de atención. Naturalmente que no condenaremos este esfuerzo necesario, pero nos parece oportunuo llamar la atención sobre el otro flanco que está desguarnecido. Reina un silencio alarmante sobre el frente poderoso del enemigo, que somos nosotros mismos, en lo que tenemos de imperfectos, de injustos, de torpes.

Luchamos contra el comunismo, que es ciertamente imperialismo ruso, ateísmo organizado, consigna internacional anticristiana y antiespañola, pero no olvidemos que el comunismo es también consecuencia y fruto de injusticias sociales, que constituye una atracción poderosa para las almas jóvenes insatisfechas, desengañadas, escépticas e indiferentes para otros ideales, y que esta atracción no es tanto fruto de una propaganda cuanto salida inevitable de un vacío espiritual.

Por eso es peligrosa la tentación de reducir nuestro programa a un “anti”. La mejor refutación del error siempre es la afirmación de la verdad. En un mundo que se descompone por falta de ideales, enarbolar cualquier “anti” es confesar una carencia. Y quien afirma a la Religión y a España no carece cíertamente de ideales.

Es muy de temer que no sepamos cubrir bien este frente, a pesar de ser tal vez el más peligroso. Y no lo

cubrimos porque para hacerlo tenemos que confesar nuestras culpas, sin encontrar para ellas el recurso de echárselas a otro. Desde que Adán encontró el camino de echarle la culpa a Eva y ésta a la serpiente, llevamos en la entraña esta tendencia de falsedad.

El enemigo, efectivamente, es perverso, tiene torcidas intenciones, es ladino e hipócrita, pero ¿de qué le serviría todo eso, si no encontrase el campo abonado de nuestras torpezas, de nuestros fallos y pecados? ¿De qué le valdría su propaganda del error si nuestra verdad brillase inmaculada? ¿De qué sus acusaciones y calumnias si no encerrasen algo de verdad? Hacer callar al contrario, buscar sus escondrijos y sus disfraces, tratar de expulsarle de entre nosotros. Todo esto es táctica buena, pero incompleta. ¿No es más seguro y urgente tratar de arrebatarle el punto de apoyo de nuestros propios errores? Y ¿qué hacer con el mal que brota en el propio campo, con el enemigo que es hijo de nuestra misma maldad?

¿Seremos capaces, ante la situación de alarma, de olvidar pequeñeces, partidismos, apasionamientos cerriiles, personalismos y tantas otras cosas, muy viejas, por desgracia, entre nosotros, para buscar una auténtica unión, no solamente exterior, sino sobre todo de espíritus, hecha de concordias de pensamiento y de suma de entusiasmos, para poder oponer al mal un ejército aguerrido y noble, con serenidad para enjuiciar la verdad, sin tratar de deformarla, aunque se convierta en acusación contra nosotros mismos, con sinceridad para reconocer en su génesis nuestras propias

faltas y con generosidad para emprender un nuevo camino?

Por una vez siquiera, ¿por qué no ensayar la táctica de hablar menos de lo que se ha hecho bueno y un poco más de lo que se debió hacer? Porque el enemigo no nos ataca con lo realizado, sino con lo que hicimos mal o con lo que no hicimos. ¿A quién engañamos, sino a nosotros mismos, con la exhibición de lo bueno realizado, que naturalmente existe, creyendo que con ello se puede cubrir todo lo demás? No se cubre, y prueba de ello son las consecuencias que lamentamos. Si la situación de la juventud nos alarma, ello no es el fruto de los elementos positivos y acertados que hemos puesto en su educación, sino de los malos o de los nulos. Y si el problema social sigue en pie, no es por las ventajas y adelantos realizados, sino porque fueron insuficientes. Como resultará siempre inútil carear el número de viviendas construidas si continúan sin alojamientos miles de familias. ¿Qué conseguimos con el incienso continuo a nuestras virtudes? Que sea el enemigo quien solamente acusa. Ante Dios y ante los hombres la mejor excusa será siempre la humilde acusación de las propias faltas. Dejemos ya la manida y cándida razón de que el sincero reconocimiento de nuestros errores es proporcionar armas al enemigo. ¿Acaso no las tiene ya en sus manos? ¿Son tan ocultos nuestros yerros que no puede contemplarlos cualquiera? Si lo confesáramos nosotros, sería cuando se las quitaríamos a ellos, o al menos les quitaríamos su fuerza de ataque.

La vida pública y social se rige por los mismos

principios que la personal e íntima del cristiano. Nuestros pecados son las armas del demonio contra nosotros ante Dios, mientras somos impenitentes, pero se vuelven contra él y a nuestro favor al confesarlos arrepentidos. ¿Por qué emplear dos criterios contrapuestos cuando pretendemos ser cristianos y católicos en todo momento y en todas partes? ¿Es que la humildad, que reconocemos como virtud indispensable y básica de nuestra perfección individual, no debe ocupar el mismo puesto cuando de la vida colectiva se trata? No nos engañemos: la humildad, decía Santa Teresa, que es “andar con verdad”, y no se puede, en ningún aspecto de la vida humana, apartarnos de la verdad, por dura y humillante que sea, porque escrito está que solamente “la verdad nos hará libres”.